

Paloma Bordons
Ilustraciones de **María Brenn**

EL ESPLENDOR DE LOS MARES

PREMIO
edebé
DE LITERATURA
INFANTIL

Con actividades
para poner en
marcha tu
imaginación



EL
ESPLENDOR
DE LOS
MARES

Paloma Bordons
Ilustraciones de **María Brenn**

**EL
ESPLENDOR
DE LOS
MARES**

PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA INFANTIL

Obra ganadora del Premio EDEBÉ de Literatura Infantil
según el fallo del Jurado compuesto por:
Teresa Colomer, Ángeles González-Sinde, Antonio G. Iturbe,
Roberto Santiago y Vicenç Villatoro.

© Texto: Paloma Bordons, 2026
© Ilustraciones: María Brenn, 2026

© Edición: Edebé, 2026
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
edebé.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora: Elena Valencia
Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño de la colección: Aurora Iraita

1.ª edición, marzo 2026

ISBN: 978-84-683-7913-5
Depósito legal: B. 2137-2026
Impreso en España / Printed in Spain



PEFC/14-38-00352

PEFC Certificado

Este producto
procede de bosques
gestionados de forma
sostenible y fuentes
controladas

www.pefc.es

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*En memoria de la abuela Ifer,
que, siendo niña,
cruzó el Atlántico en un petrolero.*

1

La mandona

—... Ya mí no me dieron porque no quisieron. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado. ¡Hale! A dormir. ¡Mua!

La abuela ha terminado de leer a Pau el cuento del conejo, como hace ahora cada noche. A continuación, se asoma al cuarto de Tella.

—¿Te has lavado los dientes?

—Sí.

—¿Estás segura?

Tiene en la mano el cepillo de Tella. Lo frota con el dedo y sale un polvillo blanco, de puro seco que está. Se lo tiende. La niña se levanta de la cama y va al cuarto de baño a zancadas furiosas.

Pone un pegote de pasta en el cepillo y lo aclara inmediatamente bajo el grifo. Una vez que está ahí no le costaría nada obedecer, pero no le da la gana. Si se lava los dientes, gana la abuela.

Ahora cada día está lleno de pequeñas batallas como esa, porque la abuela *está a cargo*, como dice ella, y vive en casa. Por suerte no será por mucho tiempo. En cuanto den las vacaciones de Navidad, Tella y su hermano van a volar a Buenos Aires para reunirse con su madre.

¡A Buenos Aires! Tan lejos, y los dos solos. Cada vez que piensa en ello, a Tella le entran cosquillas en la tripa, de las ganas y de los nervios. No ve el momento de marcharse. Además, la abuela la tiene frita. Se ha creído que su misión estos días no es solo cuidar de ellos, sino también educarlos. Y que Tella en especial necesita un montón de educación.

«¿Otra vez con la tele? ¿No sabes hacer otra cosa? Yo de niña me pasaba el día jugando en la calle».

«¿Y por esa tontería estás de morros? ¿Pues qué vas a hacer cuando tengas de verdad motivos? Estás acostumbrada a vivir entre algodones».

Tella acaba de no lavarse los dientes. De camino a su cuarto, oye a su abuela refunfuñar en el salón. Está luchando con su máquina de escribir. Todas las noches escribe un buen rato en ese cachivache prehistórico que se ha traído de su casa. Tella la estuvo probando un día, así que sabe más o menos cómo funciona: golpeas una tecla cualquiera, por ejemplo la *r*, y de las tripas de la máquina sale disparada una pata de metal que estampa una *r* contra el papel.

Si intentas ir muy deprisa, puede que aprietes varias teclas a la vez, y entonces puede que unas cuantas patas se enmarañen, y puede que las fuerces un poquito al tratar de separarlas. Y entonces puede que... No: es seguro que tu abuela te echará una bronca monumental.

Pero ahora es la abuela quien tiene pro-

blemas con la máquina. Está tratando de cambiar la cinta de la tinta y no lo consigue. La bobina se le resbala entre los dedos y rueda hasta los pies de Tella.

—Déjame probar a mí.

Tella cambia la cinta siguiendo las indicaciones de la abuela, que ni siquiera le da las gracias. Se ha quedado ensimismada observando sus manos, ligeramente temblorosas. Se las pone cerca de la cara y las examina por el derecho y el revés con cara de asco. Lo mismo que hace con los tomates cuando van a comprar, que los mira y los remira y luego los vuelve a soltar porque no le gusta ninguno y porque «los tomates de ahora no son como los de antes». Deja caer las manos, como si fueran tomates de los de ahora y suspira.

—Nunca te hagas vieja, Tella.

Pega su cara a la de la niña y Tella siente una oleada de cariño y pena, que se desvanece cuando la abuela la acusa:

—No te has lavado los dientes.

¡La muy sargenta le estaba oliendo el aliento!

—¡DESAYUNOOO! —vocea la abuela.

Pau y Tella se arrastran hasta la cocina.

—No hay Choco Krispies —protesta Pau.

—«Buenos días, abuelita querida» —le corrige la abuela.

—Buenos días, abuelita querida, no hay Choco Krispies —refunfuña Pau.

—Yo no compro cereales de esos. Mucha caja, mucho colorín, y adentro solo hay un puñado de trigo con azúcar. Algo que vale tres pesetas y cuesta trescientas.

—¡Que ya no hay pesetas, abuela!

—En cualquier caso, son un engañabobos.

—¿Quieres decir que mamá es boba? —salta Tella—. Ella siempre nos los compra.

—Dejaos de monsergas y comeos el pan. No sabéis apreciar lo que tenéis. Cuando yo era niña, en la guerra, hacíamos horas de cola por una barra de pan. Y la mantequilla ni la probábamos. Una buena rebanada de

pan con mantequilla es el mejor manjar del mundo.

—¿Qué es *manjar*? —pregunta Pau.

—Un manjar es una comida exquisita, deliciosa, para chuparse los dedos —dice la abuela.

Le tiende un trozo de pan con mantequilla y el muy tonto se lo come con ganas. Le sabe rico solo porque la abuela lo ha llamado *manjar*. Tella en cambio se cruza de brazos; no piensa desayunar. Cereales o nada. ¿Quién es la abuela para plantarse en su casa y cambiar cómo se hacen allí las cosas?

—Tan cabezota como tu madre —masculla la abuela.

Lo que pasa es que Tella tiene sus ideas y pelea por ellas. Eso a los mayores no les gusta. Su madre también se enfada cuando lo hace, pero ella suele decir:

—Tan cabezota como tu abuela.

TELLA pensaba no lavarse los dientes, por llevarle la contraria a la abuela, pero se le ol-

vida y se los lava. Mientras, en la cocina, Pau ha empezado su sesión de lectura. Le encanta leer a voces todo lo que se le pone a tiro: el tetrabrik de la leche, el paquete de la mantequilla, el frasco de la mermelada... Lee con la boca llena, pero la abuela no le regaña. Así son las cosas. Si Tella habla con la boca llena, es una maleducada; si lo hace él, es una monada de niño.

—¡Pero mira que lees bien, bandido! —le da coba la abuela.

—Sí, leo *extupendamente*. —Pau cree que las palabras ganan fuerza si se les pone una equis.

—¡Eres más listo que el hambre!

Y sí, puede que Pau sea listo para algunas cosas. Ha aprendido a leer solo. Tiene muy buena memoria. A veces razona como lo haría un niño mucho mayor. Pero otras veces se porta casi como un bebé. Le dan unas rabietas colosales y algunas noches se hace pis. No se sabe relacionar bien con otros niños. Es muy fácil tomarle el pelo y hacerle llorar.

Raro. Tella oyó a su padre una vez decirle a su madre que Pau era raro. Tuvieron una pelea tremenda ese día. Es curioso, piensa Tella: que naciera el canijo y al poco tiempo empezaran a pelearse por todo. Tella no recuerda que se pelearan antes, cuando estaban sus padres y ella solos.

—¿Llevas el inhalador, Pau? —pregunta la abuela.

Su hermano aprovecha para leer la caja del Ventolin, la medicina que usa cuando le cuesta respirar. Porque Pau tiene asma. Los mayores dicen que es un niño *delicado* y tienden a tratarlo como si fuera de cristal.

—¡Ahí va! ¡Si son menos veinte! —exclama de pronto la abuela—. ¡Tellaaa! ¡Corre, que vamos tarde!

Esto también pasa todos los días. Con tanta lectura se les hace tarde para el cole.

LA ABUELA se empeña en llevarlos al colegio en su viejo Seat Ibiza, probablemente para hacer sufrir a Tella. Es una suerte

que lleguen tarde casi todas las mañanas; así al menos sus compañeros no la ven llegar montada en esa carraca.

El coche no arranca a la primera, ni a la segunda, ni a la tercera.

—¿Por qué no coges el coche de mamá? Este está para hacer chatarra.

—Está viejo y un poco achacoso, pero funciona —replica la abuela y, justo entonces, el motor se pone en marcha—. Si hay que hacer chatarra todo lo que está viejo, habría que empezar por mí.

—¡Tú no, Agüe! ¡Tú eres una persona humana! —chilla el canijo, siempre tan redicho.

—Para mí este coche es casi humano —dice la abuela—. Hemos pasado por muchas cosas los dos juntos. ¡Ese trapo, Tella, que no veo nada!

Como no funciona el ventilador, el cristal se empaña cuando hace frío. Tella se sienta delante porque tiene la misión de limpiar el vaho con un trapo.

—¡La de lugares que he recorrido yo con mi Ibiza! —continúa la abuela.

—Si tú nunca vas a ningún sitio —replica Pau.

—¿Tú qué sabrás, mico? He vivido muchas cosas cuando tú no existías siquiera. Por cierto: ahí, donde está sentada Tella, iba tu madre cuando rompió aguas. —Mira a Pau por el espejo retrovisor—. La llevé directamente al hospital y naciste tú.

—¡Si el agua no se rompe, Agüe!

—Antes de nacer estabas en el útero de tu madre, flotando en una bolsa llena de agua. Cuando llegó el momento, se rompió la bolsa y se salió todo el líquido. Eso es lo que se llama romper aguas. Ocurrió en ese mismo asiento. Todavía se ve la marca, si se fija uno bien.

Tella se revuelve incómoda en su sitio. Casi le parece sentir la humedad en el trasero.

—¿Yo estaba metido en el agua? —pregunta Pau—. ¿Como si fuera un pez?

—Sí.

—Entonces, ¡puedo bucear! —exclama Pau, feliz—. ¡Si antes de nacer sabía, ahora también sé!

A Pau le da mucho miedo el agua. Su madre le tuvo que borrar de clase de natación porque se negaba a meterse en la piscina.

Alguien da un bocinazo detrás de ellos. Es una furgoneta, que ahora los adelanta sin dejar de pitar. Aun con las ventanillas subidas, se oye el grito del conductor:

—¡Quédate en casa, abuela!

—¡Tella! ¡Te tengo dicho que limpies tu ventanilla! —la riñe la abuela—. Si no, no veo el espejo de ese lado, y pasa lo que pasa.

No, si ahora tendrá Tella la culpa de que conduzca como una... abuela. Frota el cristal con la manga del anorak y da un resoplido. Entonces, como para hacer su viaje aún más penoso, Pau se pone a leer atropelladamente en voz alta:

—Viajeconos...otrosenel es... pelen...dor de losmareseste espelendido cu...rucero taran... satalanico...

—Pero ¿qué dices, canijo? ¡Anda, cállate ya, que me estás dando dolor de cabeza!

—Pues léelo tú entonces, Tella —sugiere la abuela—. A ti también te concierne.

Tella se vuelve y arranca a su hermano el folleto que tiene en las manos. En la portada hay una foto de un enorme barco de pasajeros que surca unas aguas color azul turquesa. El texto que la acompaña dice: «Viaje con nosotros en el Esplendor de los Mares. Este espléndido crucero transatlántico nos llevará de Málaga a Buenos Aires en dieciocho días inolvidables».

La abuela para en la doble línea amarilla frente al colegio. Ya no queda nadie en el patio.

—¿Qué? ¿Qué os parece? —pregunta.

—Nos parece que otra vez nos la vamos a cargar por llegar tarde. Ya han entrado.

—No, yo digo lo de ir en barco hasta Argentina. ¿Qué os parece?

—¿Qué más da lo que nos parezca?

Tella agarra a Pau de la mano y echa a



correr. Detrás de ella suena un chirrido que da dentera. Es la abuela que está bajando su ventanilla.

—Zarpamos el 4 de diciembre —dice.
Arranca y se va.